

El 18 de abril de 1999, en plena zona boscosa de los Vosgos septentrionales, en la carretera que va de Schirmeck a Barr, no lejos del convento de St. Odile, se produjo un accidente tan terrible como enigmático. A pesar de que hacía dos días que no nevaba y de que la carretera estaba seca, el Volkswagen Passat rojo oscuro se salió del trazado precipitándose por un pronunciado desnivel y, tras dar varias vueltas de campana, fue a estrellarse finalmente contra una vieja haya.

Cuando, aquel mismo día por la tarde, monsieur Costard, un operario afincado en la localidad alsaciana de Mittelbergheim, volvía con su moto de visitar a su hermana, descubrió en el lugar del siniestro tres cadáveres, dos de los cuales aún se encontraban en el interior del vehículo accidentado, mientras que el tercero yacía sobre el terreno pedregoso, a unos metros de distancia. Según los informes, los fallecidos eran el profesor en paro Peter Geissler, su mujer Isabelle, originaria de Lothringen, y su hijo de diez años.

Al no haber huellas de frenazos, la policía supuso que el conductor se había dormido o bien había provocado deliberadamente el accidente. De la hija de dieciséis años, que probablemente iba también a bordo del automóvil, no se encontró ni rastro. Como, cinco días después del suceso, la búsqueda de

la joven no había arrojado ningún resultado, el caso pasó a las autoridades de Saarbrücken, donde residía la familia.

Pasado cierto tiempo, la policía alemana encontró una carta del profesor que evidenciaba que en realidad se había tratado de un suicidio. El motivo por el que los padres habían buscado la muerte en compañía de sus hijos no se indicaba en el escrito. Pero al final del mismo se podía leer esta frase lapidaria: «Señor que estás en los cielos, apiádate de nosotros, pobres pecadores».

1

Cuando, finalmente, dejó atrás los últimos árboles, una vasta extensión de prados se abrió ante ella. Se detuvo unos instantes y se tapó la cara con las manos para que no la cegara la nieve que recubría la llanura. Un día después de aquel terrible accidente, el invierno seguía rebelándose contra la primavera con los arrestos de un condenado a muerte. La temperatura había bajado unos grados más, y un viento cortante del este proveniente del Rin había traído más nieve y más hielo. Sobre los hombros llevaba una manta para protegerse del frío del bosque. El sol de mediodía, que se hallaba justo en su cenit, quedó tapado por una espesa y obstinada capa de nubes. La joven echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La escarcha se le derretía en las pestañas y el agua le bajaba en pequeños surcos por las mejillas, dejando huellas en la piel sucia. Unos días después adoptaría el nombre de Manon.

Manon tenía hambre. Desde que andaba perdida, tres veces había anochecido y otras tres amanecido. No había encontrado a ningún ser humano. Había visto un corzo, pero, al intentar acercársele, había salido huyendo. Permaneció otro rato junto a la linde del bosque, parpadeando cada vez que miraba a la llanura. Cuando trasladaba el peso de una pierna a otra, se le retorció la boca de dolor.

Con paso vacilante, cojeando, echó a andar de nuevo. Avanzaba cual fiera recelosa y desorientada en un entorno extraño. Tenía la ropa desgarrada y, en algunos puntos, tiesa por la sangre reseca. Cuando creía oír algún ruido, se paraba, ladeaba alerta la cabeza, se restregaba la cara con la manga y luego proseguía. Algunas veces hablaba también con algún pájaro, arbusto o piedra; pero ningún humano que se hubiera tropezado con ella habría comprendido su lenguaje. En los momentos de máxima turbación profería sonidos nunca antes oídos, se le distorsionaban los rasgos de la cara, gesticulaba con los brazos y agitaba las manos cual sacerdote que advierte al mundo del fin próximo. Pero después se le quedaban los ojos nuevamente inexpresivos, y los hombros caídos, como reconociendo la inutilidad de su esfuerzo.

Se levantó un viento de poniente que dejó el cielo despejado. Un águila ratonera de pesadas alas sobrevoló los prados. Bajo los pies de Manon crujieron unas ramitas heladas. A lo lejos, detrás de una choza, árboles pelados y una mujer cogiendo leña. El invierno se cernía azul sobre la tierra; por debajo, todo negro y blanco. Un gato se agazapó junto a un surco, saltó y persiguió a una corneja, que salió volando. El gato se sentó, mirando perplejo al cielo; el ave se había posado en una rama lejana. Manon no pudo evitar reírse. El aire que le salía de la boca se convertía en helado vaho blanco.

Al ver a unos niños deslizándose en trineo por una pendiente, se tapó los oídos con las manos para no oír la risa y los gritos. Luego se escondió rápidamente detrás de un seto de la colina. Rehuía la proximidad de cualquier humano. En una ocasión en que se le apareció un agricultor a bordo de su tractor, se lanzó detrás de un peñasco y permaneció inmóvil en el suelo hasta que se apagó el ruido del motor en la lejanía. Antes de incorporarse, agitó los brazos hacia arriba y hacia abajo para dejar marcada en la nieve una figura semejante a la de un ángel. Quizá fuera un juego aprendido

de su padre. Dejó al ángel en el suelo y reemprendió la marcha; a cada paso, su respiración se hacía más pesada. Hacía tiempo que tenía empapados los zapatos y que le hacían daño los calcetines de lana mojados. También tenía mojado el resto de la ropa; lentamente, la fiebre iba apoderándose de su cuerpo.

Siguió el curso de un arroyo con las orillas cubiertas de hielo. Sólo en el medio discurría un hilillo de agua, borboteando. El hambre de Manon se tornó más intensa. Encontró un par de hayucos, masticó un buen rato sus frutos y escupió la parte más dura. Después se agachó, cogió un poco de nieve, la dejó derretirse entre las manos y se puso a lamerla. Lo mismo había hecho el día anterior.

Cuando alcanzó la cabaña ya había empezado a anochecer. La casita se alzaba solitaria en medio del extenso campo; el único indicio de estar habitada era el fino hilo de humo que salía de la chimenea y que se esfumaba en el cielo vespertino. Finalmente, se encendió una luz dentro de la casa. Asustada, Manon se ocultó entre unos árboles cercanos que bordeaban el arroyo, y permaneció allí un buen rato hasta recobrar el valor suficiente para acercarse a la cabaña. La rodeó varias veces procurando no ser descubierta; luego, arimándose furtivamente a la pared, avanzó hasta la ventana iluminada. En el interior, una mujer de cierta edad estaba sentada a la mesa leyendo un libro. El pelo, aún oscuro, casi negro, lo tenía recogido a un lado. Unos instantes después, dejó el libro sobre la mesa, cerró los ojos y, sin hacer ruido, empezó a mover los labios como si estuviera rezando. Empujada por el dolor, o quizá por el hambre, Manon empezó a gimotear, no muy fuerte para que no la oyeran en la casa pero sí lo suficiente como para no sentirse sola.

Cuando la mujer apagó la luz y la casa quedó completamente en silencio, la joven descorrió el cerrojo de la puerta del granero que había oteado antes y avanzó a tientas en la oscuridad hasta en-

contrar una bala de paja. Desató la cuerda, extendió la paja por el suelo, se tumbó y cayó en un sueño profundo y febril.

A la mañana siguiente, los ruidos de la mujer despertaron a Manon. Se acercó con cautela a la entrada de la cabaña y empujó la puerta sólo lo suficiente para poder atisbar el vestíbulo de la casa. Estuvo observando todos y cada uno de los movimientos de su confiada anfitriona. Finalmente, ésta salió de la casa con una cesta, subió al coche, puso el motor en marcha y se alejó despacio por el camino aún nevado. La joven esperó a que el coche coronara una colina y fuera engullido por la delgada línea que separaba el cielo del horizonte.

Manon tuvo suerte: la puerta no estaba cerrada con llave. Entró y echó un vistazo general. Miraba con tanta curiosidad e intensidad aquel nuevo entorno que se podría haber dicho que nunca antes había visto una morada humana. No hubo nada que no tocara; pasaba los dedos por encima de cada silla, de cada plato. Se tiró al suelo, olisqueó el zaguán de madera, inhaló el olor a cera del suelo, bebió unos restos de café, lamió la taza y pasó después la lengua sobre la mesa de la cocina, donde quedaban unas migajas de pan del desayuno de la mujer. Se asustó cuando de improviso un gato le rozó la pierna. Gritó y le dio un puntapié al animal; al ver que no ocurría nada, se tranquilizó y prosiguió la exploración. En la panera encontró un trozo duro de pan blanco que sacó a la nieve para reblandecerlo y devorarlo allí mismo. Descubrió una jarra con leche que se bebió de un trago. Abrió el frigorífico y dio buena cuenta de media salchicha y de un trozo de queso, logrando por fin calmar el hambre. Después pasó al dormitorio, se arrojó sobre la cama y dio varios saltos encima; se dirigió al armario, sacó de un tirón varias blusas y faldas, se caló unas bragas sobre la cabeza, se puso del revés una rebeca y casi estuvo a punto de morir del sobresalto al verse reflejada en el espejo.

Durante al menos un minuto se quedó paralizada, sin pestañear. Luego cerró los ojos y le entró un fuerte tembleque. Estaba tiritando; le faltaba valor para volverse y acabar con aquel fantasma. Sólo cuando estuvo segura de que aquel ser extraño no tenía ninguna intención de agarrarla, se atrevió a abrir los ojos. Levantó una mano, ladeó la cabeza, sacó la lengua y tuvo que echarse a reír al ver que cada movimiento suyo era imitado con la mayor perfección. Su atrevimiento llegó entonces a intentar tocar a la joven de enfrente. Pero, al levantar la mano para acariciarle la mejilla y notar que era un simple trozo de vidrio frío, se enfadó. Azorada, pasó la mano por toda la superficie hasta que le quedó bien claro que la habían engañado. Llena de ira, golpeó el espejo y le dio patadas, y no paró hasta que le dolieron los pies y le sangraron los nudillos de la mano. Luego escupió a la cara a su propia imagen y salió de la casa.

En un chamizo cercano descubrió una puerta. Con un poco de esfuerzo consiguió descorrer el cerrojo. De repente, se encontró en un establo diminuto, poblado por una docena de gallinas, unos cuantos patos, dos cabras y un cerdo. El fuerte olor reinante y el nuevo susto que se llevó al ver juntos a tantos animales le hicieron dar un paso atrás. Sin embargo, también entonces prevaleció su curiosidad y pasó un buen rato contemplando el ganado. Luego se tiró al suelo y, gateando, fue avanzando por entre los animales, como si no fuera un ser humano sino un miembro más del establo. Imitó el cacareo de las gallinas, intentó el gruñido del cerdo y, tras un poco de práctica, consiguió entonar igualmente el balido quejumbroso de las dos cabras. Hizo una pausa para oír su propia voz, lo que le produjo sin duda un gran placer. Uno a uno, los animales fueron abandonando el establo; sorprendidos de su inesperada libertad, se detuvieron unos momentos en el corral y junto a la puerta de la casa antes de dispersarse finalmente por los campos circundantes.

2

Al volver la viuda de sus compras por la tarde y descubrir el estropicio causado por Manon, llamó inmediatamente a la gendarmería. Le prometieron que a lo largo del día, aunque probablemente no antes del anochecer, enviarían a un agente para que tomara nota de los daños y tramitara eventualmente su denuncia.

Madame Fouchard era una mujer valiente que tras la prematura muerte de su marido no había vuelto a casarse, y eso que no le habían faltado pretendientes tanto del vecindario como de lugares más lejanos. Tras dos abortos naturales y la seria advertencia del médico de que no volvieran a intentarlo, los esposos no habían tenido hijos, lo cual no fue obstáculo para que hasta el último día fueran una pareja feliz: habían conseguido transformar el deseo insatisfecho de un hijo en un cariño recíproco todavía mayor. Madame Fouchard siempre acompañó a su marido, que trabajaba en el Departamento de Agricultura de Estrasburgo, en sus frecuentes viajes, y él, al volver a casa tarde de la oficina, le contaba a su mujer todos sus problemas laborales antes incluso que a los colegas o superiores.

Cuando monsieur Fouchard enfermó, no tardó en quedar claro que no iba a recuperarse nunca más. Fue larga la despedida de los esposos. Todos los días el enfermo le pedía a su joven

esposa que, cuando él muriera, le guardara el luto reglamentario, sí, pero que, terminado dicho período, volviera a llevar una vida normal. Celeste, que no quería pensar en ello, cuidaba a su marido todavía con mayor entrega a medida que éste se iba debilitando. Le hacía la comida, le lavaba la ropa, le acompañaba hasta ese lugar de la finca donde él se sentaba al sol y cuando ya no pudo andar, le llevaba la comida a la cama, se la ponía en la boca y le leía durante horas enteras sus libros preferidos. No quería perderse ni un solo instante de su vida en común, y menos en aquella última fase, la más difícil.

A decir verdad, pasó mucho tiempo antes de que la joven viuda se acostumbrara a la soledad. No obstante poco a poco se hizo con algo de ganado, arrendó un pequeño terreno y fue adquiriendo las habilidades necesarias para hacer frente al día a día de la casa y la granja, de manera que sólo en contadas ocasiones tuvo que recurrir a la ayuda de un operario. Y, aunque en los años que siguieron nunca le faltó un amante —durante un par de semanas o meses—, sistemáticamente procuraba romper la relación en cuanto alguno iba en serio, le proponía una relación estable o incluso matrimonio. Le gustaba compartir ocasionalmente la cama con un hombre, pero no la vida: el recuerdo de su querido monsieur Fouchard era demasiado poderoso. No tardó en concebir la brillante idea de mantener relaciones sólo con hombres casados, pues con éstos podía estar casi segura de que no intentarían llegar demasiado lejos. Con todo, era inevitable que ocasionalmente alguna de las esposas engañadas descubriera los tejemanejes del marido. Cuando, unos años antes, una de ellas le pidió explicaciones en plena oficina de Correos, ella le contestó con decisión que ése era un problema exclusivo de la pareja y que por tanto debía hablarlo en la intimidad conyugal, pues ella no tenía en mente más pretensión que el mero placer. A partir de entonces dejaron en paz a la viuda.

Incluso empezaron a hablar de ella con respeto, por no decir con admiración.

Una vez que madame Fouchard se hubo asegurado de que no faltaba ni dinero ni ningún otro objeto de valor, supuso que la fechoría debía de ser obra de un vagabundo hambriento o de un gamberro. Por los animales huidos no había que preocuparse; en cuanto tuvieran hambre volverían a su lugar habitual o bien alguno de los campesinos vecinos los traería de vuelta a la granja. Como los desperfectos eran escasos, la viuda decidió no darle mayor importancia al suceso, pero he aquí que, en un rincón del establo, descubrió algo así como un fardo sucio. Se quedó boquiabierta; luego volvió a acercarse a la entrada para abrir la puerta un poco más. La luz del sol incidía ahora directamente sobre el rostro de Manon, que, dormida, empezó a moverse. Instintivamente, y sin apartar la vista de aquel ser desconocido, madame Fouchard empuñó una horca que había junto a la puerta y gritó:

—¡Eh, tú, qué se te ha perdido aquí! —Y, como no ocurría nada, repitió la misma pregunta absurda, esta vez un poco más fuerte—: ¡Qué haces ahí, te digo!

Cegada por la intensa luz, Manon se llevó una mano a los ojos. La voz de aquella mujer extraña le sonaba como el ladrido de un perro. No entendía lo que le estaba diciendo. Aquellos gritos la despabilaron y la empujaron a buscar refugio en un rincón más lejano. La fiebre le había subido de nuevo, y se arrimó tiritando a la pared de madera del establo. Se agarró con tal fuerza a las tablas sin pulir de la pared que se le clavó una astilla debajo de una uña. La joven abrió la boca; por unos instantes pareció una gata maullando, pero no llegó a emitir ningún sonido, de modo que madame Fouchard no podía entender si aquella conducta era fruto del miedo, del dolor o si más bien se trataba de una amenaza.

Por unos instantes, la viuda permaneció inmóvil junto a la puerta del establo hasta que, finalmente, tuvo arrestos suficientes para dar

unos pasos en dirección a la joven, a la que ahora habló con tono más sosegado. Poco a poco Manon se fue calmando. Con todo el cuerpo sacudido por la fiebre, posó la cabeza sobre un hombro y miró con ojos vidriosos a la mujer que aproximándose como una silueta, se inclinaba junto a ella y alargaba una mano para acariciarle el pelo enmarañado. Se incorporó de nuevo y golpeó al aire en dirección a la gran sombra, pero le fallaron las fuerzas y se desplomó sobre el suelo cubierto de paja y de excrementos.

Madame Fouchard levantó el bulto, lo llevó a la casa y lo dejó, sucio y maloliente como estaba, encima de su cama. Llamó nuevamente a la gendarmería para comunicar que había decidido no poner ninguna denuncia, pues, tras una inspección más minuciosa de la casa, había llegado a la conclusión de que el pequeño desorden que había encontrado a su regreso del pueblo era achacable a algún animal extraviado en vez de a un ladrón. El policía de servicio se extrañó un poco, pero al final pareció satisfecho con la explicación, pues ya tenía bastante con los accidentes de circulación de los últimos días para encima tener que desplazarse a la apartada granja de la viuda Fouchard.

La joven durmió sin interrupción el resto del día, la noche entera y toda la mañana siguiente. Cuando, hacia el mediodía, se despertó unos minutos, la viuda estaba sentada a su lado, cogiéndole una mano. Como estaba demasiado débil para resistirse a estos cuidados, no se opuso tampoco cuando la mujer le llevó a los labios una taza de manzanilla dirigiéndose a ella con voz sosegada. Cada vez que se despertaba, la viuda estaba allí sentada, a su lado, por lo que se podía decir que casi se había acostumbrado en sueños a su nuevo hogar, pues eso es lo que iba a ser para ella la granja de madame Fouchard en el futuro inmediato.

Cuando Manon tuvo de nuevo fuerzas para ponerse de pie sin ayuda y dar unos pasos por la casa, madame Fouchard le preparó

un baño y se dispuso a desnudarla. Manon no opuso resistencia. Dejó que la viuda le lavara el cuerpo, le enjabonara el pelo y se lo enjuagara con agua templada, aunque le impidió que la mirara a los ojos: siempre que se encontraban sus miradas entornaba rápidamente los párpados.

Al ver madame Fouchard por primera vez a la joven limpia y sin sus harapos, se quedó patidifusa ante el espectáculo que se le ofrecía. Aunque solía dárseles de haber visto bastante mundo y de estar versada en las cosas de los humanos, no había visto en su vida nada igual.

¿Podía decirse que Manon era bonita? Sí. Pero, ¡qué palabra tan desgastada y superficial para aquella aparición! ¿No debían palidecer las palabras del diccionario frente a una cara, una figura y unos movimientos semejantes? Su perfil bien delineado no era difícil de ver; el arco de su cuello no era único en su género; sus ojos finos de grandes pupilas, su abundante pelo color cobre, sus dientes relucientes, sus labios rojo cereza, el contorno de su espalda..., cada una de estas cosas podía encontrarse por separado en otras mujeres. Pero todas aquellas cualidades se daban cita a la vez en Manon de una manera tan extraordinaria y sobrenatural que se le encogía a uno el corazón. Tan sólo un pequeño lunar que destacaba sobre su piel clara debajo del seno izquierdo podría haber empañado la perfección completa; sin embargo, este falso defecto no hacía sino acentuar aún más su donaire y galanura. No obstante, en aquel mismo momento, la viuda se dio cuenta de que la belleza de Manon no era ninguna ventaja, de que no le facilitaría las cosas en el futuro, sino que resultaría más bien una carga pesada y constante. Las mujeres la mirarían con envidia y recelo, y los hombres con ese deseo que, cuando va sazonado de miedo y pusilanimidad, suele transformarse en celos y desembocar en un proceso de destrucción.

Manon era muy bonita o, como se suele decir, indescriptiblemente bella; pero de una belleza que la hacía destacar tanto en su entorno que podía afirmarse que, por muchos humanos que hubiera a su alrededor, siempre estaría sola. Esta impresión, como pronto se iba a revelar, era tanto más cierta cuanto que Manon no parecía ser consciente de dicha belleza. No repararía en las miradas que se le clavarían cuando, posteriormente, acudiera a la plaza del pueblo; ni oiría los comentarios susurrados cuando entrara en la sala de baile del lugar. Su impacto se basaba en esa infrecuente mezcla de inocencia y promisión que no se puede producir deliberadamente y a la que es prácticamente imposible sustraerse.

3

Gracias a los cuidados de la viuda, Manon se repuso rápidamente. Aunque parecía no recordar nada de su vida antes de llegar a casa de madame Fouchard, pronto recuperó su capacidad de hablar, y se pudo comprobar que hablaba francés con la misma fluidez que alemán y que sólo ocasionalmente confundía algunas palabras parecidas. Para responder a las preguntas de los vecinos, madame Fouchard se inventó la historia de que la joven era una pariente lejana, hija de un primo ya fallecido cuya mujer, que se hallaba internada en un hospital, le había pedido que se ocupara de Manon.

Además de su belleza, Manon tenía otro rasgo sobresaliente: una extraña e ilimitada curiosidad. Como si debiera revivir una y otra vez esa fase de la infancia en la que el niño inquiera sobre los fundamentos de las cosas de su entorno, Manon no dejaba de hacer preguntas a la viuda sobre la causa y el origen de todo. Aunque parecía haber olvidado todo lo que diferenciaba a un ser humano de las fieras, aprendió tan deprisa y con tanta curiosidad que madame Fouchard pronto tuvo que dar su brazo a torcer y desplazarse una vez por semana al pueblo para sacar de la biblioteca pública montones de libros nuevos. Parecía como si no hubiera nada que no le interesara. Leía un manual de botánica con la misma atención que la historia de las Cruzadas, y el episodio de una novela por entregas con la misma curiosidad que una biografía de Luis XIV o que

Las amistades peligrosas de Choderlos de Laclos, libro que madame Fouchard poseía en una vieja edición y que ella misma había leído de joven con tanta excitación como estupor. Manon, en cambio, fueran las que fueran las batallas que se libraban en sus libros, o los destinos y pasiones que vivían sus héroes, no mostraba ninguna emoción. Pasaba horas enteras viajando con los dedos sobre las líneas rojas de las carreteras de los mapas que sacaba una y otra vez de la caja de zapatos, de debajo del banco rinconero de la cocina, seguía los meandros de los ríos, se perdía por densos bosques o hacía un alto en la cima de una montaña. Mientras la viuda hacía confituras o nata o preparaba la comida, Manon memorizaba pausadamente el nombre de los lugares que había visitado con los ojos y el dedo índice, de manera que pronto estuvo en condiciones de describir de memoria, y con todo tipo de detalles, no sólo la topografía de Francia sino también la de toda Europa, de Finisterre a los Urales o del Polo Norte a Gibraltar. Otros días, se empleaba con el mismo ahínco en aprenderse el *Gran libro del cuerpo humano*, donde se describía a todo color el intestino, la musculatura rojo azulada, el pálido esqueleto o una sección específica del cerebro, del corazón, del hígado o de los riñones. Asimismo, tomaba nota de conceptos tan complicados como «ácido ribonucleico», «leucocitosis» o «folículo primario», como si fueran unas palabras tan sencillas como árbol, piedra o casa.

Pero, por mucho que leía, no parecía tener necesidad de hablar acerca de sus lecturas. Cuando la viuda le preguntaba si le había gustado tal o cual novela, ella se encogía de hombros, y cuando le preguntaba qué quería leer después, le contestaba con un simple: «Me da igual, lo que sea». Manon absorbía los conocimientos sin revelar si lo aprendido en aquellos libros le entusiasmaba o le disgustaba, y ni tan siquiera si lo había comprendido bien. Manon no conocía el valor de las palabras. Una palabra como «anhelo» le decía lo mismo que la descripción de un objeto inerte, y la palabra

«luto» despertaba en ella tan poco sentimiento como el nombre de una ciudad extranjera.

Tan sólo una vez pasó un día entero dando vueltas a una palabra; al final, levantó la cabeza y preguntó con voz quebrada:

—Tía Celeste, ¿qué es el amor?

La viuda se quedó reflexionando unos instantes y luego contestó:

—No hay nadie que te pueda contestar a esa pregunta. Pero creo que la primera vez que ames de veras ya no volverás a hacerla. Simplemente amarás, y te será completamente indiferente lo que pueda significar el amor.

A las pocas semanas de llegar Manon a la granja de la viuda, y antes de pisar el pueblo por primera vez, ya se había corrido la voz sobre su extraordinaria belleza. Las pocas personas que la habían visto cara a cara —el cartero, un agricultor vecino y un par de jóvenes— habían coincidido en que «la nueva» cortaba la respiración y paraba el corazón, lo que había contribuido a azuzar aún más la curiosidad de la gente, sobre todo de los chicos. Para poner fin a tanta habladuría y especulación, la viuda, que solía mantenerse lo más al margen posible de la vida del lugar, decidió acudir acompañada de Manon a la fiesta del pueblo, que, como todos los años, tenía lugar el primer fin de semana de julio. Mientras en el pueblo se levantaba la carpa ferial, se engalanaban calles y casas y, en las aldeas vecinas, se pegaban carteles, madame Fouchard sacó la máquina de coser del cuarto trastero y se puso a coser para la joven un vestido de verano de algodón rojo, tan sencillo como cómodo. Cuando Manon se probó por primera vez aquella nueva prenda bajo la mirada maravillada de la viuda y se miró al espejo, asomó en su rostro la sombra de una sonrisa, la sonrisa de una alegría tranquila, casi imperceptible.

La aparición de Manon en la fiesta produjo el efecto que madame Fouchard esperaba: las mujeres arquearon las cejas y los hombres

se empujaron los unos a los otros silbando entre dientes para, los que no se habían arredrado ante la visión de la joven, intentar ligar con ella. Sin embargo, el revuelo general acabó remitiendo. Las noticias que se habían difundido en poco tiempo sobre la belleza de la desconocida habían sido tan desmesuradas que su aparición real no podía sino restarles fuerza. Era hermosa, no había duda, más que cualquier mujer de las que se veían por los alrededores, pero le faltaba ese resplandor de diosa que todos habían esperado, esa aureola que sí tenían las estrellas del mundo del espectáculo que salían por la tele. Manon parecía una chica modesta, casi insegura, y por eso rebajó las expectativas de la gente, sólo dispuesta a reconocer la grandeza de quien se erige sobre ellos.

Tan sólo Jean-Luc Girod, hijo único —y por tanto heredero— del viticultor más rico de la comarca, un soltero de casi treinta años, tan tímido como deseado, pasó toda la tarde sin quitarle el ojo a Manon. Para asombro de sus amigos, la invitó a bailar una y otra vez, recibiendo calabazas otras tantas veces; a pesar de lo cual, invitó a la joven y a la viuda a un vaso de *crémant*, una atención que, ante sus repetidas súplicas, ellas no pudieron rechazar. Agasajó a madame Fouchard, con la amenaza o la promesa, según se quisiera ver, de que de él no se libraba nadie tan fácilmente. Al cabo de unas horas, el mismo Jean-Luc que se ruborizaba cada vez que el maestro lo interpelaba, y de cuya timidez se habían burlado siempre sus compañeros de clase, parecía otro; era como si se hubiera reservado todo su ingenio, valor y encanto para esa calurosa tarde de verano, en la que sonaban canciones especialmente bonitas, en la que el vino sabía mejor que nunca..., y en la que Manon iba a conocerlo.

Por el porte —alto y delgado—, el pelo —espeso y negro— y los ojos —oscuros y tan cálidos como impermeables—, era muy parecido a su padre, pero, intimidado por el temperamento de éste, había desarrollado un carácter completamente opuesto. Mientras

que el viejo, conocido en la comarca por el nombre de «Le comte», trataba a sus socios con la misma desconsideración que a su mujer y a su hijo, éste, que al principio había sido un niño muy despabilado, con el paso de los años se había vuelto más reposado y, por tanto, más parecido a la madre. Era tan silencioso que a veces se olvidaban de su presencia; madame Girod solía asustarse cuando su hijo se le acercaba furtivamente y se quedaba detrás de ella sin decir nada. En vez de irse a jugar con los demás chicos al fútbol o de arrojarle al mar desde las rocas en verano o lanzarse con los demás esquiadores por la «pendiente de la muerte» en invierno, Jean-Luc se iba a pasear solo por el bosque a observar a los animales en libertad o se quedaba en casa para que lo mimara su madre. Sólo se había separado de ésta durante el servicio militar, que había realizado en una pequeña localidad de la Normandía, donde, al poco de llegar, fue destinado por deseo propio al cuerpo de exploradores. Aunque sus superiores estaban contentos con él, en cuanto terminó el servicio volvió nuevamente a casa. Madre e hijo formaban un dúo inseparable que enmudecía cuando el viejo se acercaba, y cuchicheaba y reía socarronamente cuando al fin se iba de casa. Hacía tiempo que madame Girod había dejado de atormentarse por las juergas y escapadas etílicas de su marido, y que los dos dormían en habitaciones separadas. Monsieur sólo comía en casa los fines de semana: el sábado a mediodía, antes de irse con sus amigos a pasar la noche en los bares y burdeles de Estrasburgo, St. Dié o Sélestat, y veinticuatro horas después, cuando, hecho una piltrafa tras los excesos nocturnos, salía de su habitación con una resaca de espanto y cara compungida, y dejaba que su mujer le sirviera un consomé y dos filetes medio crudos; luego se bebía un coñac y le juraba amor eterno entre lágrimas, asegurándole que lo de la noche anterior no iba a repetirse nunca. Pero al atardecer desaparecía de nuevo y, hacia media noche, volvía a casa armando jaleo y maldiciendo.